

REAL
ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

Colección
M^{ra} Teresa
García Moreno
Serie Catálogos
Nº 5

GINÉS LIÉBANA, 100 AÑOS DE CREACIÓN (1921 - 2021)

GINÉS LIÉBANA

100 AÑOS
DE CREACIÓN
(1921 - 2021)



2021

GINÉS LIÉBANA, CIEN AÑOS DE CREACIÓN

EDICIÓN AL CUIDADO DE MIGUEL CLEMENTSON LOPE



ccdo
DE CIENCIAS
BELLAS LETRAS
NOBLES ARTES
REAL ACADEMIA
DE CÓRDOBA


Diputación
de Córdoba

Edita

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE CÓRDOBA

Dirección y coordinación

Miguel Clementson Lope

Textos

José Cosano Moyano	Raúl del Pozo	Rosa Luque
AAVV	Bartolomé Delgado Cerrillo	Jacinto Mañas
Ángel Aroca	Dicc. <i>Larousse</i> de la Pintura	Fernando Martín
Alfredo Asensi	Bernd Dietz	Ricardo Molina
Julio Aumente	Luis Figuerola Ferreti	Francisco Nieva
Juan Bernier	Manuel Gahete	Vicente Núñez
Jesús Cabrera	Antonio Gala	Ana Palacio
Carmelo Casaño	Pablo García Baena	José M. ^a Palencia Cerezo
Juana Castro	José Luis González Cobelo	José Ant. Ponferrada Cerezo
Carlos Clementson	César González Ruano	José María Prieto
Miguel Clementson Lope	José Hierro	Francisco Umbral
José de Miguel	Joaquín Lobato	Mercedes Valverde Candil
Carlos Edmundo de Ory	Mario López	Francisco Zueras
Luis Antonio de Villena	Roberto Loya	Ginés Liébana

Documentación técnica, bibliográfica y fotográfica

M. Clementson

Diseño gráfico y maquetación

M. Clementson, José Manuel Nieto Rosa

Edición fotográfica y fotografía

Francisco J. Segura Castellanos, M. Clementson, Mateo Liébana, Rafael Inglada, José M. de la Fuente, Piedad Aroca, José Jiménez Poyato, Ángeles Clementson Lope, e imágenes del archivo personal del artista

© De los textos

los respectivos autores

© De las fotografías

los respectivos autores

Especial gratitud y reconocimiento a

Diputación de Córdoba	Rafael Inglada
Escuela de Arte « <i>Mateo Inurria</i> »	Mario Galán
Ayuntamiento de Villa del Río	José Manuel de la Fuente
Museo Prov. de Bellas Artes de Córdoba	Ángeles Clementson Lope
Mateo Liébana	

Impresión

Litopress (Avda. República Argentina, 22. Telf. 957 23 57 02, email: edicioneslitopress.com)

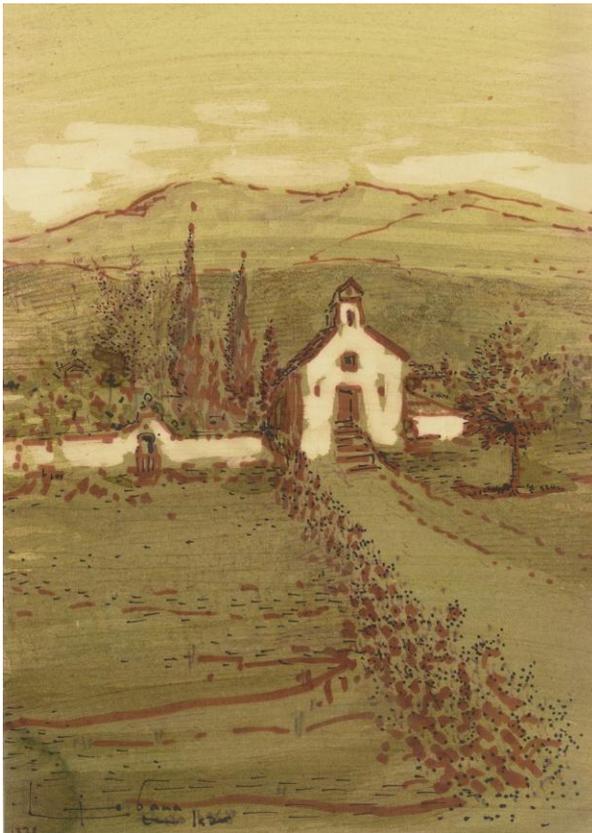
ISBN 978-84-123535-9-4 Dep. legal CO 551-2021

REINVENTARSE MÁS ALLÁ DE LOS NOVENTA

Rosa Luque

«Soy un farsante y un fresco, porque sin haber estado colocado me he sabido buscar la vida»

A Ginés Liébana le sienta bien venir a Córdoba. Es como si nada más bajarse del AVE le inyectaran felicidad en grandes dosis. Y eso es decir mucho tratándose de un optimista vocacional —aunque con un exquisito poso de melancolía en la trastienda— que se marchó en los años 40 huyendo del aire asfixiante de la ciudad y desde entonces no ha sido otra cosa que un “exiliado alegre” a pesar de todo y de todos. Así sigue, liviano, coqueto y pinturero como siempre, sin tener que reprocharle al peso de sus 92 años más que un fastidioso dolor en el pie derecho que le impide subir los escalos-



nes a pares, como solía hacer hasta ayer mismo casi este travieso ser alado tan libre e iconoclasta como los ángeles que pinta.

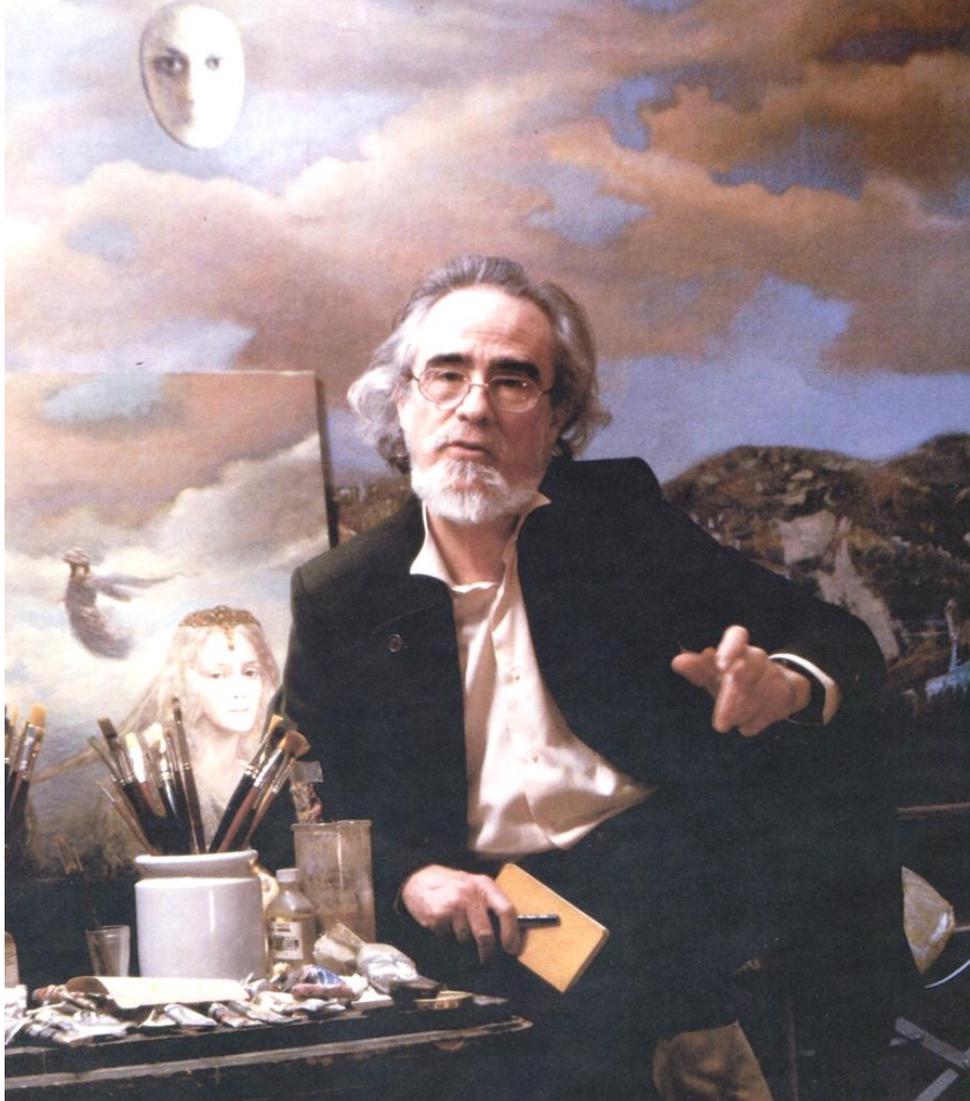
La noche anterior a la entrevista, mantenida en el hotel donde se hospedaba, el único superviviente de *Cántico* junto a Pablo García Baena —su amigo desde hace 80 años— había recibido un agotador baño de multitudes en el Palacio de la Merced, donde la Diputación le entregó la Medalla de Oro de la provincia. Pero esa mañana no había en Liébana, que por la tarde recibiría otro homenaje en Villa del Río, la menor huella de cansancio. “*El secreto está en que me divierte mucho trabajar y en el sentido del humor; algunos han criticado mis diversiones, cuando han sido lo mejor que ha habido en mi vida. Me río de todo empezando por mí mismo. Por ejemplo, leo poesía para reírme, incluida la mía. Y escribo con ese criterio, burlándome de la literatura dentro de la literatura. No tengo prejuicios*”, confiesa este pintor que escribe (mucho) y viceversa, un artista diverso y disperso para el que la creación no tiene fronteras.

—Tiene ya todos los galardones institucionales que se pueden tener. No está mal para alguien que siempre se creyó ignorado por la oficialidad, ¿no cree?

—(Ríe) Es que cuando han dicho algo bueno de mí he creído que era un elogio de la gente que me quiere, entendía que por amistad o simpatía uno puedo admirar a alguien. Pero ahora he descubierto que gente que no me conoce... Están entrando. Comprendo que es muy difícil escribir como escribo yo y que te sigan.

—La prueba es que el Ayuntamiento de Villa del Río ha presentado una reedición de su libro *El navegante que se quedó en Toledo*, aparte de inaugurar una sala permanente con cuadros suyos.

—Sí, creo que todo este entusiasmo parte de Villa del Río, que hace ya muchos años que me quiere. Yo la



Ginés ante su obra *Manantiálica*, dispuesta hoy día en la sede del gobierno de la Comunidad de Madrid

llamo Villa del Río Guadalquivir; van con un criterio absolutamente libre. Conocí Villa del Río a través de Pedro Bueno, y después de Antonio Lara, que ha mostrado un entusiasmo por mi obra que me sorprende.

—No, si al final va a acabar siendo lo que siempre ha detestado, un “contemporáneo”.

—¡Qué horror! ¡Un *contempoerróneo!* (se parte de risa jugueteando con las palabras). Pero una cosa es cuando llegas a una edad y se cae por su peso y otra es la cosa forzada de pelearte por estar en el mercado. Los bancos han convertido la pintura en moneda de cambio, y yo siempre he estado en contra de los montajes para vender. Sigo siendo pobre. Trabajo mucho, pinto constantemente, y puedo permitirme el lujo de vender muy barato, porque no me interesa el dinero. Y menos ahora, con el euro tan devaluado, ja, ja.

—¿Por qué será que todo el mundo quiere colgar en su salón un ángel de Liébana?

—¿Te has dado cuenta de que ninguno de mis ángeles se parece a otro? Los dibujo de todas las maneras y técnicas. Camón Aznar, cuando en los años 50 hice una exposición de ángeles en la Biblioteca Nacional de Madrid, dijo que era el primer caso de la historia en que un dibujante hacía ángeles tan distintos. Les doy oficios: toreros, boticarios... de todo. Como el ángel no tiene ombligo porque no nació de mujer, carece de culpa en lo que pueda hacer. Es como Frankenstein que coge a la muchachita y la tira al agua, no sabe que puede hacer daño. Es tan bello un ser con alas que si no existe hay que inventarlo.

—Su imaginación, tan afín al surrealismo, y esa dispersión artística entre la pintura y la escritura, han hecho



G. LIÉBANA, *La condesa Elianne Paternotte de la Vaille* (1954), óleo / lienzo, 67 x 51 cm.

que los críticos le definan como un pintor literario. ¿Está de acuerdo?

—Esa es otra estupidez de la trivialidad del arte contemporáneo —replica enfadado—. De pronto deciden que la pintura literaria no se lleva, cuando toda pintura buena es literaria. Otra cosa son las manchas sobre el papel, eso que llaman abstracción. La pereza ante lo difícil ha estropeado el arte.

—Usted, maestro consumado del retrato, ¿cómo trazaría su autorretrato actual?

—Yo soy un farsante (vuelve a reír). Soy histriónico y eso me viene de la familia de mi madre, que era de Valenzuela. La chacha Clementina, hermana de mi madre, era genial. Cuando llegó al pueblo un cura joven y guapo, con la cara ya moderna, decía: “Ha llegado el cura, ¡Y es soltero!”, como diciendo “está como un tren”. Eso es sentido del humor. Así es que soy eso, un farsante y un

fresco, porque sin haber estado colocado me he sabido buscar la vida.

—Pero con discreción, porque ha preferido ser “un creador en la sombra” y dejar pasar a otros por delante. ¿Le gusta el sabor del éxito ahora que lo conoce?

—No, porque no es lo mismo el éxito de la juventud que el de los 92 años, tienes ya otra forma de ver la vida. Yo he estado toda la vida con gente de mucho éxito, eso de no poderte parar por la calle y que, como le pasaba a Antonio Gala, lo confundieran a veces con Antonio Gades. Se le ha buscado “cruzando mares y fronteras”, desde que a principios de los años 40 se marchó a Madrid. Y es que, en su batalla “contra la catetez”, le gusta presumir de cosmopolita a este dandi nonagenario que a las diez de la mañana luce un pañuelo de seda en el bolsillo de su chaqueta negra de buen corte, aunque luego quite hierro a la indumentaria colgándose collaritos y pulseras de cuero y luciendo un anillo de plata en el pulgar derecho, regalo de Mateo, su hijo. *“El éxito me ha parecido un aburrimiento, lo divertido es viajar y quedarse a vivir en los sitios —dice—. Lo mismo en Venecia que en Lisboa o en Río de Janeiro, donde me fui dos veces, en el 54 y el 57. Allí me fui con una brasileña imponente que tocaba el clavicémbalo. Los demás amores no se pueden contar, pero aquella fue una pasión grandiosa, yo creo que me drogó. Me lo pasé en grande en Brasil”*.

—Y cuanto más se alejaba, más cercano se sentía a Córdoba.

—Es que Córdoba es muy especial. Esa diversidad de talentos, y esa tolerancia. Las invasiones en Córdoba eran muy tranquilas, porque la gracia de Córdoba es que no se altera por nada.

—Tuvo una infancia *triple*: en Torredonjimeno (Jaén), donde nació; en Valenzuela y en Córdoba. Hábleme de ello.

—En Torredonjimeno, de donde era mi padre, estuve muy poco. Mi padre iba a Valenzuela con una moto que tenía, conoció a mi madre, se casaron y se establecieron en ese pueblo de Jaén. Aunque era muy chico, allí descubrí yo el surrealismo muchísimo antes de saber quién era Buñuel. Era un pueblo sin nada, su Semana Santa estaba hecha en plan surrealista, los apóstoles que están en la Oración en el Huerto son tres cabezas cortadas en un rincón. Luego nos fuimos a vivir a Valenzuela y por allí volví luego mucho. Mi hermana Josefina estaba casada con el

veterinario y yo pasaba allí los veranos por alejarme del calor de Córdoba. Era un pueblo muy vital. Tenía, como dice Brenan refiriéndose a otros pueblos del Sur, una fuerza que con el tiempo se ha desvanecido.

—¿Cuál es su primer recuerdo de Córdoba?

—Llegué con cinco años y hay una imagen que no se me borra, la de ir yo por *Ronda de los Tejares* cogido de las dos manos por personas mayores —no sé si mis padres o quiénes— y quedarme admirado de aquella plaza de toros. Y del jardín del hotel *Regina*, que estaba enfrente. Los árboles debían ser de la prehistoria, porque las raíces que sobresalían del suelo eran larguísimas. Y en la esquina, pasada la calle *Alonso de Burgos*, estaba la casa de Ángel Escribano. Era ese patio de Córdoba con la escalera, con un cuadro grandísimo de San Cristóbalón. Y conocí muy bien el palacio de mi amigo Pepín Cabrera, en la plaza de *Conde de Priego*. ¡Madre mía qué belleza! Cuando volvía de Madrid o París, como no tenía casa en Córdoba, vivía allí. Subías una escalera y había un patio, otra escalera y otro patio, todos con fuentes. Por un pasadizo se llegaba a la torre de *la Malmuerta*. Tenía el palacio un teatro del Duque de Rivas hecho en madera gótica recortada. Una vez fui con Sofía Lancaster, la dueña del Palacio de Viana, porque quería comprarlo.

—Alguna vez ha dicho que desde pequeño le impresionaron los triunfos de San Rafael. ¿Es cierto que de ahí nació su querencia angélica?

—Bueno, sí, empecé a dibujarlos y a hacer figuras en barro. Y me quedaba con la boca abierta en las iglesias con los ángeles que sostienen los candelabros. Mirabas para arriba y veías las piernas y los pliegues de la ropa. Así aprendí mucho del movimiento. Y luego, cuando atravesé las fronteras, iba por Francia y por Italia viendo ángeles. Qué envidia no tener alas, sobre todo ahora que tengo tan mal el pie izquierdo, el callo 14 le llamo yo.

Achaca Ginés Liébana su condición de nómada —o más bien de viajero romántico, siempre con el lápiz y el cuaderno listos para anotar todo— a lo que vivió en su familia durante la niñez. En ocho años, habitaron siete casas, que él, añorante de la arquitectura de la Córdoba de entonces, recuerda entre lamentos. “La primera estaba en la calle *Maese Luis*, la típica casa con patio; desde allí se veía un balcón imponente de la casa que estaba en la calle *Ambrosio de Morales* junto al Teatro Princi-



Ginés, Rosa Luque, F. Solano Márquez y Teresa, Las Jaras, mayo 2000

pal, que se cargaron como tantísimas otras y hoy es un solar. Pero no creas que eso de destruirlo todo es de ahora, la progresía empezó en el siglo XIX. Se cargaron el Arco del Triunfo que se construyó para la visita de Isabel II, la Puerta *Gallegos* y la Puerta *Osario*. Tiraron un convento en la calle *Duque de Fernán Núñez* para hacer el ensanche. Echaron abajo la casa de doña Blanca Alvear Sánchez-Guerra, que estaba en la confluencia de la calle *Málaga* con la calle *Sevilla*, un palacio de mármol con marquesinas inglesas. Y tiraron el Círculo de Labradores y el Mercantil. Y el Club *Guerrita*, en la esquina de *Gondomar* con *Gran Capitán*. Imagínate un salón con una balaustrada a la calle con puertas de cristal, y ahí se sentaba el Guerra con los amigos formando una herradura a ver pasar a la gente. Qué falta de respeto, eso tenían que haberlo conservado por encima de todo”.

—Menos mal que se salvó al menos el Gran Teatro.

—Pero no el teatro *Duque de Rivas*, que estaba en la acera de enfrente, ya más cercano a *Los Tejares*. Ni el palacio del marqués del Mérito, donde estaba el Gobierno Civil. Y ahora quieren quitar el tráfico, que ya estaba vinculado a la zona. Pues señores, échenlo a la derecha o la izquierda, qué más da.

—Volvamos a los lugares de su infancia. ¿En qué otras casas vivió?

—En la calle *María Cristina*, y en *Horno de la Trinidad* llegamos a vivir dos veces. Es que éramos unos nómadas, y por culpa de eso yo no tengo biografía como todo el mundo, de quien se dice “nació aquí, vivió allá”. También vivimos en la calle *Bataneros*, y en la calle *Cabezas*, subiendo el Portillo, en una casa que ahora es una pensión. Allí llevé mi padre a unas monjas, cuando el estúpido cainismo que sufrió España.

—¿Cómo fue aquello?

—Escucha, escucha esto que te va a gustar. Un día mi padre oyó que estaban intentando quemar el convento del Corpus Christi, donde está hoy la Fundación Gala; fue hasta allí y recogió a dos monjas. Estuvieron varios días en casa, sentadas en un sillón con los velos echados y a oscuras, hasta que vinieron a por ellas sus familias, gentes muy pobres de Pozoblanco o por ahí. Para mí aquellas mujeres eran un misterio.

Quién le iba a decir a aquel niño dueño de una infinita capacidad de asombro —aún intacta— que su propia madre acabaría de monja como consecuencia de la guerra. Fue especialmente cruel con los Liébana puesto que les costó la vida al padre y a un hermano, fusilados ambos el mismo día (“*el mismo que mataron a Lorca*”, recuerda Ginés) junto a la tapia del cementerio de San Rafael. “*A mí no me gusta contar esas desgracias, y mucho menos haciéndome la víctima, porque la cosa es mucho más profunda que llorar —ataja, pudoroso ante cualquier manifestación de dolor—. Fue culpa de la miseria humana, que incluso hay que disculpar. Yo no guardo rencor*”.

—Y eso que aquellas muertes fueron por pura venganza.

—Mi hermano salió en la Feria de Mayo en una jaca blanca, con un sombrero de ala ancha gris y chaqueta blanca. Un empleado de Correos, como mi padre, que sale así... Y cuando estalla la guerra se va con un grupo de jóvenes



Ginés con su madre, *Sor Catalina de Jesús*, en el convento de monjas dominicas de Villanueva del Arzobispo (Jaén), años 70

a montar guardia en la fábrica del gas, que estaba en la Fuensanta. Y había uno, primo segundo de la familia que más quería yo —no quiero nombrarla— que delató a mi hermano. Ahí hay unas historias desgarradoras. A mi padre le costó la vida el haber ayudado a uno que llorando le dijo: “*Don Antonio, que he cogido dinero de los giros*”. “*No te preocupes, yo lo pongo y me lo pagas*”, le contestó mi padre. No se lo pagó, lo que hizo fue delatarlo. Nunca quise ver la cara de aquellos delatores, pero no me gusta juzgar ni quiero lamentarme de nada. Estaba harto de tanta tontería y en cuanto pude me fui. En París no quise hacer política de izquierdas ni de derechas, no valía la pena enfrentarse toda la eternidad.

—Pero aunque prefiriera mantenerse al margen y poner tierra de por medio, le causaría un impacto emocional fuerte ver a su propia madre metida en un convento de clausura, ¿no?

—Bueno, aquello fue... Ver a mi madre tras una reja y otra reja... Es una cosa bellísima que tu madre se meta a monja, a mí me sentó muy bien. Lo más bello fue que se fue a ver a la tía del que había delatado a mi hermano y le dijo: “*Mira, no lo sabe nadie pero me voy a me-*

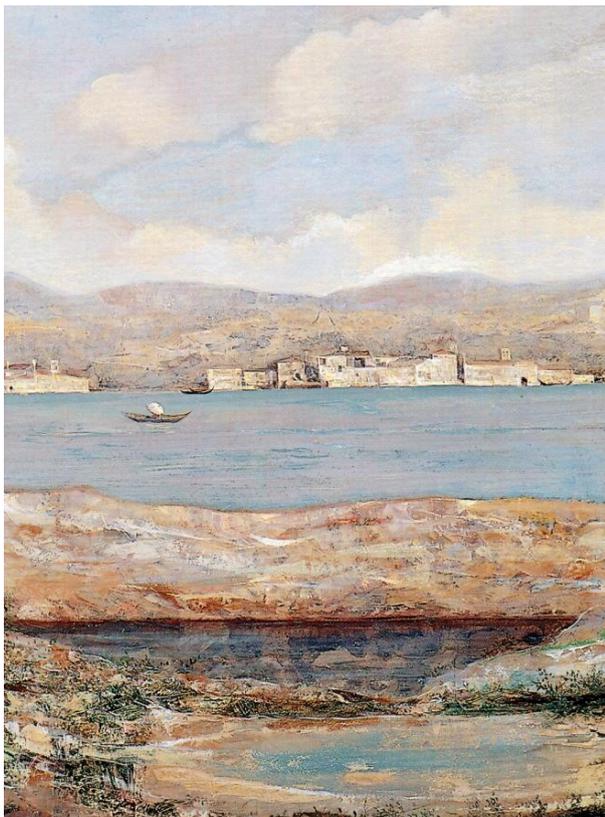
ter en un convento, y antes vengo a decirte que tu sobriño fue el que delató a mi hijo". Y se fue sola a un convento que tenían las Herruzo en Villanueva de Córdoba. Pero como era monja de las que andan por la calle y le producía mucha tristeza entrar en Córdoba, pidió al obispo el cambio y se fue con las dominicas de Villanueva del Arzobispo, en Jaén. Desde entonces fue sor Catalina de Jesús.

—¿Qué queda hoy de la Córdoba de su infancia y juventud?

—El hábito, que no se lo puede quitar nadie. Ni los remodeladores. ¿Pero qué es lo que hay que remodelar?

—¿Le gusta pasear por la ciudad cuando vuelve, como lo hacía de jovencito con su amigo Pablo García Baena?

—Alguna vez he ido por San Pedro, cuando no llegaba el turismo. Allí había una taberna que se llamaba *El Sanatorio*. Así, si la mujer le preguntaba al marido que dónde iba decía que al Sanatorio en vez de a la taberna y no



G. LIÉBANA, *La serena impaciencia del paisaje no está señalizada*

mentía. Pero no me gusta volver por los sitios que amé y sé que han cambiado. El progreso ha matado la cultura. ¿Y la casa de Romero de Torres? Esa casa era la casa de Córdoba. Íbamos Pablo y yo con las hermanas de Julio. Tenía el jardín unas estatuas mezcladas con las rosas, los árboles cubiertos de enredaderas. Yo hice fotografías y una se ha publicado muchas veces, que era una virgen barroca rodeada de glicinias, cada una de un color. La casa de una dinastía entera de gente de categoría. Y llega la Junta de Andalucía y lo empaqueta todo. Qué vergüenza. Y ahora me he enterado de que han cortado los árboles de la Ribera. En Córdoba no sé por qué hay algo de arboricida.

Aunque la influencia de Córdoba está presente en sus cuadros, entre el simbolismo y lo surreal, la verdad es que Ginés Liébana ha pintado poco esta ciudad. ("Tengo en casa un cuadro del río precioso —apunta como excusándose—, lo he redescubierto ahora"). Sus escritos, sin embargo, sí están llenos de tipos, imágenes y lenguaje de resonancias netamente cordobesas que a veces remiten al mundo de Julio Romero de Torres; o al paraíso perdido de aquella Córdoba eterna que resultó no serlo tanto.

—En el arte, igual que en la vida, le gusta mezclar lo popular con lo elitista, las marquesas con la gente del pueblo. ¿Cómo se llega a esa capacidad de adaptación tan camaleónica?

—Ten en cuenta que los aristócratas son como los gitanos, se sienten libres, no tienen prejuicios. Se aprende mucho con ellos. La gente grande no se anda con chiquitas. Yo lo que hago es escuchar a los demás y tomar notas. Toda la vida me he entregado a los demás, y los demás te responden. Si vieras mi casa ahora no la reconocerías, yo doy y me traen cosas.

—¿Y sigue enseñando a pintar allí en su estudio a todo el que se lo pide?

—Sí, porque la única forma de aprender es enseñando. Eso es el humanismo. Piensa en Rafael, al que el Prado dedica ahora una exposición, tenía cincuenta discípulos.

—¿Cómo vive su condición de superviviente, de *Cántico* y hasta de sí mismo?

—Una grata sorpresa gracias al sentido del humor, ja, ja. Es que cuando te ríes 600 músculos se ponen en movimiento.

—¿Y qué quiere ser de mayor?

—¿De mayor? Un sueño imposible que busca la noche, ja, ja, ja.

—¿Cómo quiere ser recordado?

—A mí me gustaría que la gente se riera con las piezas que he escrito para reír. Todo lo hago con humor y con tristeza en el fondo. Pero hay que dejar de llorar. Es como cuando la guerra y después, que sí, que se pasó muy mal. Pero no por eso había que enamorarse de la muerte, de la destrucción como obra de arte. Los artistas querían ser tan transgresores que hubo un momento en que hasta estaba mal visto que te gustaran las mujeres, había que ocultarlo.

—¿Le asusta la muerte?

—Eso es como si me preguntas si le tengo miedo a desayunar; si es una evidencia, para qué hablar de ella. Es una equivocación como un piano hablar tanto de la muerte, se lo decía a Vicente Núñez. Yo no utilizo esa



G. LIÉBANA, *Ángel del tránsito, a contraluz* (1968)

palabra cuando escribo, ni tampoco la palabra cementerio, sino qué sé yo... el jardín.

—A los artistas les gusta saber que dejan para la posteridad su obra a buen recaudo. ¿Se plantea qué será de la suya?

—No, eso me parece una tontería, no me preocupa. A mí me gustaría hacer una exposición en el Reina Sofía para que la gente se enterara de que soy un pintor distinto que ha permanecido indiferente a las modas. Lo demás lo dejaría en Villa del Río y lo regalaría a los amigos.

«*Cántico* fue una proeza, una isla independiente»

Como sabe que no se escapa de ninguna entrevista sin que salga a relucir *Cántico*, Ginés Liébana trae escrito con su bonita letra de miniaturista lo que significó aquel grupo de amigos en las letras españolas, no tanto para darle trascendencia como para que no se le diluya en la memoria: "*Cántico* fue una proeza, una isla independiente en que quedó abierta la creatividad, de tal manera que se convierte en una experiencia viva —lee en la hoja suelta que saca de su mochila—. En su momento fue vanguardia, y era futuro, y ahora pasa a ser el lenguaje que converge con la línea más perfecta de los continuadores. Y la obra publicada solo es un porcentaje de lo que se depositó. Hay mucho que ahondar en su clasicismo, pero la cantera está en Córdoba. Y la forma de estar de *Cántico* persiste en su lenguaje, ese hallazgo de los poetas en el terrible silencio de Córdoba. Yo trato de continuarlo".

Como tantas veces se ha contado, Ginés conoce a Pablo en el instituto, y ahí empieza todo. "García Baena es la persona más indefensa y la más elegante, él no quiere herir a nadie de ninguna manera, tiene una manera de ser tan delicada que no es de este mundo. Por eso se fue a Málaga, y por eso me marché yo. Ahora hay en compensación una comprensión más grande por todo. Pero estuvo bien, porque no hay nada más interesante que la persecución".

—¿Es que de jóvenes se sentían ustedes perseguidos?

—Es que ser artista en los años cuarenta era como ser una gentuza. Ahora las niñas bien de Córdoba se han dedicado al arte, pero antiguamente estaba mal visto. Las mujeres no trabajaban, todo lo más tocaban el piano en casa.



Ginés Liébana y Salvador Dalí en el Hotel Palace, Madrid, 1974

—Cuénteme sus andanzas juveniles con Pablo García Baena, tan distinto a usted que supongo que se complementan.

—Pablo era tan hermético que paseaba por la calle sin hablar. Era divertidísimo. Yo con 11 años fui a ver una película amorosa muy fuerte que se llamaba *El demonio y la carne*, que yo llamaba *El demonio y la carne del cocido*, y se la contaba todos los días. Salían John Gilbert y Greta Garbo, y era la película amorosa más fuerte que se había hecho entonces. Nos reíamos mucho. Los de *Cántico* teníamos mucho sentido del humor, aunque el más zumbón era Ricardo Molina; se reía de todo, pero con un conocimiento... En eso está la grandeza de Córdoba.

—¿Ha cambiado al cabo de los años su visión de *Cántico*?
—Pues sí, porque no es lo mismo ver las cosas en los 40, que en los 80, los 90... Ahora sé que Pablo, Ricardo y Juan Bernier son poetas de la misma categoría que García Lorca. Esta gente tiene una cosa, un estigma que lo da Córdoba.

—¿Cómo era Ricardo Molina?

—La persona más brillante, con más sentido del humor y más lista. Se sabía de memoria trozos de *La Odisea*. Yo no he visto una cabeza más privilegiada. Lástima que muriera tan joven.

—¿Y Bernier?

—El tipo más fuerte y a la vez tan frágil como un vaso de cristal. Tierno, salvaje y rudo. Eso es clásico de los grandes. Tenía algo de sangre alemana y se le notaba... esa cosa terrible como en Beethoven.

—Cuando García Baena y usted lo conocieron vivía escondido a causa de la guerra, ¿no?

—Sí, se había escondido en una casa de la calle *Armas* porque si se hubiera quedado en su casa habrían ido a por él. Luego se fue con los nacionales al frente para ocultar sus tendencias, y todo por la envidia y la censura. Nos vio por una especie de gatera a Pablo y a mí pasar por allí, los dos todavía con pantalón corto; nos llamó y nos hicimos muy amigos. Nos llevó a la Biblioteca y ahí empezó nuestra formación. Y Sevilla la considerábamos como si fuera Florencia, ahí estaba la pintura, la imaginería...

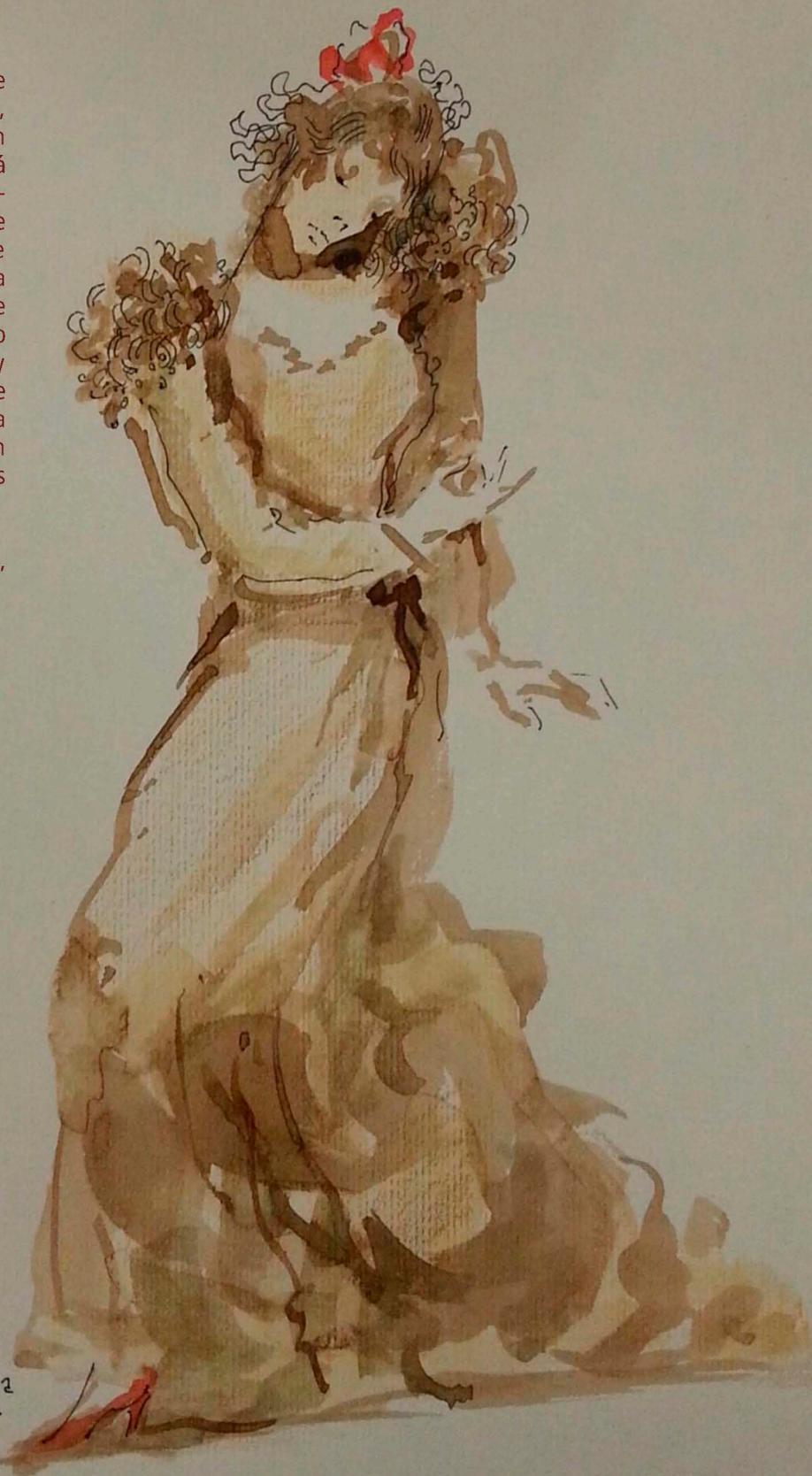
—¿En qué momento pasaron de ser un grupo de amigos a un grupo literario con revista incluida?

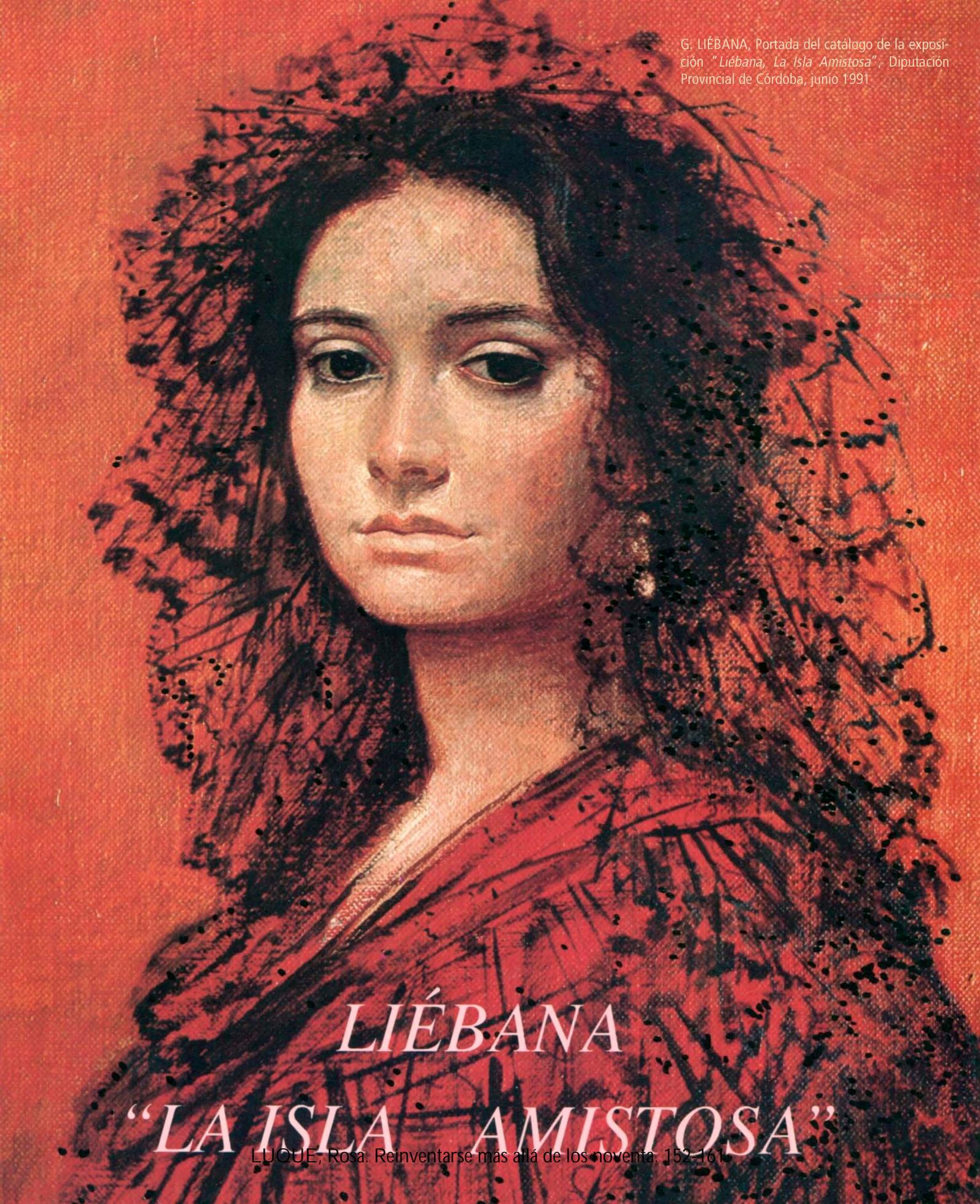
—Siempre fuimos amigos, luego con Mario López, Julio Aumente y Miguel del Moral. Pero yo me fui pronto a Madrid, a trabajar en la revista *El Español*. Me fui porque había que irse y amar Córdoba de lejos.

RADIOGRAFÍA: el último romántico

¿Quién dijo que la edad sosiega el ánimo? El de Liébana es tan romántico y apasionado que, tras pasado el umbral de los 90 años, sigue tan hiperactivo como siempre. Desde el alba está rellenando a mano Ginés cuartillas con los pensamientos y ocurrencias más dispares, siempre con un humor amargo de fondo. Y cuando se cansa, cambia el papel por el lienzo y se pone a pintar, en un juego de sustituciones que repite mil veces a lo largo del día, allá en su magnífico piso-estudio madrileño. En esa casa, barroca y sorprendente como su dueño, suele recibir de noche a los amigos. Y si son los de toda la vida—desde actores famosos a marquesas—acaban de tertulia en la cocina mientras él aliña unas patatas cocidas al ritmo de Cole Porter.

De la serie «La memoria viva de Córdoba»,
diario *Córdoba*, 24-junio-2012.





G. LIÉBANA, Portada del catálogo de la exposición "Liébana, La Isla Amistosa", Diputación Provincial de Córdoba, junio 1991

LIÉBANA

"LA ISLA AMISTOSA"

LUQUE, Rosa. Reinventarse más allá de los noventa. 152-161.



ccbo



REAL ACADEMIA
DE CÓRDOBA



Diputación
de Córdoba